

Zabaleta o la confusión

(*El Correo*, 20. 01. 1998)

Tanta es la ruindad del mundo ultraabertzale, que su representante menos malo nos viene a parecer un santo varón. A tal extremo de brutalidad han llevado las cosas, que quien a la primera no muerde sienta plaza de ciudadano modelo. Esa ideología pequeña que es el nacionalismo nos ha vuelto tan pequeños, que acabamos prestando atención a las palabras de quien no la merece. Me estoy refiriendo al parlamentario de HB, Patxi Zabaleta, y a sus recientes palabras (*El Diario Vasco*, 4 de Enero).

Llevado de un súbito arrebató, dice su entrevistador que el señor Zabaleta, sobre todo en Navarra, “conserva la autoridad moral que le concede ser uno de los fundadores de HB”. De modo que quien engendra y pertenece a un grupo que, por falta de argumentos políticos y de sostén electoral, ha bendecido el derramamiento de sangre, despojando a tantos jóvenes de la menor conciencia civil y conducido a nuestra sociedad a la desesperación..., santo cielo, ése aún goza por lo visto de autoridad moral. Ante muchos como yo, desde luego, ninguna.

Bien es verdad que la tarea de poner una vela a Dios y otra al diablo, a la que Zabaleta se aplica por lo menos desde hace diez años (véanse sus respuestas a *El Globo*, nº 36), parece que todavía le reporta algún beneficio. El mismo que ahí ya confiesa que HB “significa una pervivencia de las ideas de ETA” y censura su sumisión a la organización militar, afirmaba tan terne que “uno de los modos más serios de luchar contra la actual confrontación civil... es estar con HB”. Quien demanda la liberación del empresario Revilla, añade sin embargo que su secuestro tiene como objetivo el “ejemplificar (*sic*) a otros”. Y si ante los asesinatos etarras de entonces consideraba que “su valoración ética es difícil de abordar”, una de sus últimas revelaciones (*El País*, 3-8-97) consiste en distinguir entre una ética conservadora o “del pecado” y otra progresista como la suya..., que al parecer ya no se ocupa del bien ni del mal. ¿No será que estamos ante un practicante de la doble moral y de la política doble, una para casa y otra de puertas afuera, la una para tratar con el verdugo y la otra con su víctima?

A todo el mundo hay que darle la oportunidad de cambiar, claro está, pero hay seres inmutables. A mediados del mes de Agosto pasado un concejal socialista de Pamplona

recibió una anónima amenaza de muerte a la que sólo faltaba la firma de ETA. Verdadera o falsa, nadie negará que era por desgracia verosímil y, como sostuvo el concejal en cuestión, en todo caso venía inspirada por el submundo de HB. A Patxi Zabaleta le faltó tiempo para endilgar públicamente la autoría del texto amenazante al propio partido de la persona amenazada. Que yo sepa, este hombre tan revestido de autoridad moral aún no ha solicitado perdón por semejante vileza.

Con estos antecedentes ejemplares, vengamos a esas declaraciones a *El Diario Vasco* de quien pasa por poseer un talante abierto y moderado. No hay más que leer, para empezar, que el encarcelamiento de la Mesa nacional le parece un “escándalo mayúsculo”. Sería bueno que explicara si se refiere a un escándalo social, que no se ha dado (y bien sabe él que hubiera sido socialmente escandaloso lo contrario), o un escándalo judicial y hasta político, como si un desmán colectivo -cuando es cometido por políticos- no mereciera una sanción colectiva. Ya puesto, Patxi Zabaleta sostiene que aquella sentencia “quizá sea un ataque tan o más grave que el 23-F”. Por donde aprendemos que secuestrar pistola en mano un Parlamento es delito menor que el de encarcelar a aquellos a quienes se les ha probado un delito. Y el *crescendo* culmina en la tesis de que quienes más credibilidad restan a la democracia española “son en este momento Mayor Oreja y Aznar”. De suerte que nuestra democracia, la pobre, no tiene remedio: o se defiende de los totalitarios por medios legales, pero así al parecer pierde crédito; o acoge amorosamente en su seno a quienes la apuñalan, y entonces se viene abajo.

No le neguemos a este paladín de la heterodoxia (?) un cierto dominio del circunloquio o, para ser exactos, del descarado eufemismo. “La izquierda abertzale se encuentra con que no ha cumplido aún su principal responsabilidad política en este pueblo, que es la búsqueda de la paz”. Y cierto que lo tiene difícil, de no reconvertirse del todo, una coalición que nació precisamente para alentar, prolongar y extender en este pueblo la guerra civil. Por él sabemos que esa “primera obligación política” ha de cumplirse, apunten la novedad, “a través de la negociación y por los cauces políticos y con respeto a la voluntad popular”. Pero el caso es que, si los suyos se atienen a los cauces políticos -como todo quisque-, entonces no hay negociación particular que valga; y, cuando empiecen a respetar la voluntad popular, ¿acaso ignoran qué será de sus infundadas pretensiones? En cuanto este “pueblo maduro” madure un poco más, no sólo les retirará su escaso soporte: lo más probable es que les recuerde como una pesadilla.

Pero Zabaleta chapotea en la contradicción como en su salsa y ofrece todo un muestrario del sí pero no, no pero sí sólo que tampoco, condeno aunque no tanto, la de cal y la de arena, el golpe y la pomada. El aprendiz de brujo no sabe qué hacer con los monstruos que ha fabricado. Resulta que la lucha armada (es decir, el terrorismo) “sólo se puede justificar como legítima defensa frente a una agresión”; incluso se diría que este pueblo maduro no se siente demasiado agredido cuando “exige que los cauces de la acción y del progreso político sean por otros medios” que los violentos. Pero todo ello no obsta para que Herri Batasuna albergue sensibilidades (?) diferentes, “algunas muy pro lucha armada”, “que, desde luego, deben ser respetadas”. *Ecce homo* y su notable lección de tolerancia. Resulta también que la lucha armada sólo admite aprobación o repulsa desde el plano de la legitimidad, pero, como enseguida la propone asimismo en términos de “funcionalidad y conveniencia”, acaba sin más juzgando que tal lucha “no ha obtenido logros políticos en estos últimos años” o que la *kale borroka* es “errónea”. Y así es como, para este Max Weber local, la razón de la eficacia prevalece al fin sobre la de legitimidad.

Item más. Resulta que Zabaleta preconiza hace tiempo (¿y por qué no desde el principio?) en la llamada izquierda abertzale un debate sobre la violencia, pero a la vez sostiene que nuestro problema no tiene “una solución policial”. O sea que, mientras dure la barbarie y prosiga la matanza, la policía ha de estarse en sus cuarteles y los demás calladitos a la espera de conocer las conclusiones de ese debate que aún no ha comenzado. Resulta en fin que el entrevistado reniega de la violencia como de una enfermedad, pero la detecta por igual en quienes la propugnan que “en la mente de Aznar y de Mayor Oreja. Es la misma enfermedad”. A algunos les consolará saber que tan violento es el criminal como quien se defiende de él y que tan enfermo está el asesino como el que procura apresarle. Son enseñanzas éticas y políticas imperecederas.

Sin duda es preferible que sea Patxi Zabaleta, y no yo, quien acierte en su diagnóstico sobre la izquierda abertzale. Pues, a su juicio, en una parte muy importante de ella, “me atrevo a decir sociológicamente mayoritaria, se consideró y se considera que esa acción armada no sólo no tiene justificación humana o moral, sino tampoco política”. Una vez repuestos de tan grata sorpresa, se abre sin embargo el misterio de por qué no prosperaron sus tesis frente a las furiosamente belicistas de la ponencia Oldartzen. ¿Será la incongruencia o será la falta de coraje de esa emboscada mayoría la que despreció entonces su ponencia pacifista y la que mantiene ahora silencio ante tanta muerte y desolación? Nuestro hombre dice ser un modesto militante de base en HB; y es que uno, aclara, “cuando pierde una batalla política, debe asumir sus consecuencias”. Ya, pero cuando las

consecuencias son tan pavorosas como las que ha impulsado HB, ¿habrá que llamar lealtad hacia los suyos lo que parece más bien una traición a la conciencia civil y moral de uno mismo? Que Zabaleta no se confunda ni juegue a confundirnos.

Aurelio Arteta

Catedrático de Ética y Filosofía Política de la UPV